

Elecciones con alternativas

Algunas experiencias
en la República Mexicana

Jorge Alonso
y
Jaime Tamayo
(coordinadores)



ÍNDICE

Introducción <i>Jorge Alonso y Jaime Tamayo</i>	7
I. ALTA COMPETITIVIDAD Y ALTERNANCIA	23
Baja California: las elecciones de 1992 y la transición democrática <i>Tonatiuh Guillén López</i>	25
Chihuahua 92: anatomía de un voto <i>Víctor M. Quintana S.</i>	41
Chihuahua 92: saldos electorales <i>Rubén Lau</i>	65
II. ELEVADA COMPETITIVIDAD Y SOLUCIONES POLÍTICAS	77
Las elecciones locales de 1991 en Guanajuato <i>Guadalupe Valencia García</i>	79
San Luis Potosí, 1991. De elecciones a elecciones <i>Lillian Harris</i>	101

III. COMPETITIVIDAD EN ZONAS VEDADAS	121
Elecciones municipales y conflictos en Michoacán y Guerrero <i>Marco Antonio Calderón Mólgora</i>	123
Michoacán 92: la historia sin fin <i>Jaime Rivera Velázquez</i>	149
IV. COMPETITIVIDAD LOCALIZADA	177
Elecciones en Mazatlán (1989). Ni negociación ni reconocimiento: decisión autoritaria <i>José Enrique Vega Ayala</i>	179
Por segunda ocasión Mérida se tiñó de azul (el triunfo de Acción Nacional en noviembre de 1990) <i>Efraín Eric Poot Capetillo</i>	185
V. APERTURA DE ESPACIOS A LA COMPETITIVIDAD	209
Las elecciones locales de 1991 en Tabasco <i>Leonardo Curzio Gutiérrez</i>	211
Veracruz: la modernización truncada. Elecciones locales en Veracruz 1988-1992 <i>Mariano Baéz Landa y Luis A. Pérez González</i>	229
El auge ciudadano. Las elecciones jaliscienses de 1992 <i>Jorge Alonso y Jaime Tamayo</i>	263

INTRODUCCIÓN

Hasta hace muy poco tiempo el escenario político de las elecciones locales era el predominio del partido del Estado en medio de una gran abstención, costumbres fraudulentas del régimen y protestas ciudadanas localizadas, algunas de ellas impregnadas de un airado rechazo a imposiciones sentidas como intolerables. En los últimos años la competencia electoral se incrementó y se han abierto espacios aun en regiones consideradas como coto del priismo. Los reclamos cívicos también se han extendido elección tras elección. Este libro se propone discutir recientes comicios locales competitivos.¹ Si bien se puede hablar de elecciones competidas en

¹ La competencia se ha dado desde que dos o varios seres han necesitado o apetecido un mismo bien, en cuya búsqueda se ha generado la rivalidad. Las guerras han sido la expresión más sangrienta de su presencia. Las competencias deportivas cuentan con una larga tradición histórica (se puede consultar el canto XXIII de la Iliada). El mundo económico se ha fraguado en medio de la competencia. El capitalismo se ufana de haberla dinamizado y achaca al socialismo real el que se hubiera estancado económicamente por la falta de competencia. Aunque se ha pretendido salvaguardarla con todo tipo de regulaciones, las diferencias entre los competidores han propiciado monopolizaciones. En política, con el avance de la democracia, la competencia por el poder público ha sufrido adecuaciones. Las discusiones en torno a lo real de la igualdad de condiciones de la ciudadanía de cara a lo electoral no han terminado. Aunque se han ido consiguiendo consensos en cuanto a las líneas fundamentales de un proceso democrático, subsisten puntos de fuertes debates. Se ha postulado que la democracia requiere igualdad en la votación, que los funcionarios públicos sean electos en comicios periódicos llevados a cabo limpiamente y sin coerción, participación efectiva, tiempo

recambios de ayuntamientos desde los años cuarenta,² y la disputa, aún por gubernaturas, ha ido subiendo de tono³ a partir de 1989 cuando la competitividad electoral se ha dinamizado y generalizado.

Generalmente se ha considerado que las grandes transformaciones del sistema político mexicano se han desencadenado en buena medida después de una competida contienda presidencial, mientras que los procesos electorales locales (estatales o municipales) han sido visualizados como disputas entre los grupos políticos y las oligarquías locales, o cuando más, como aisladas luchas cívicas contra cacicazgos regionales. Hoy, sin embargo, la competitividad electoral local ha cobrado una importancia inusitada. No sólo se ha convertido en el espacio privilegiado de la contienda entre el partido del Estado y la oposición, ni es únicamente el nivel de gobierno en el que la alternancia en el poder es ya una realidad, sino que también se ha constituido en el laboratorio en el que el Estado mexicano ensaya, prefigura de manera vacilante diversos escenarios de modernización política, que hasta ahora no han trastocado la estructura central del poder. De esta manera encontramos que, ante la imposibilidad actual de resquebrajar la impenetrable estructura política central, las expresiones políticas opositoras y amplios sectores de ciudadanos perciben en los procesos locales un resquicio

necesario para asimilar la información que se requiere para formar una decisión (y contar precisamente con esa información), ningún tipo de exclusión y control del proceso. La posibilidad de la alternancia, el que cualquiera de los competidores pueda acceder al gobierno resulta fundamental. Un elemento básico tiene que ver con la igualdad de oportunidades, y para esto con una distribución equitativa de los recursos en torno a lo electoral. Se ha postulado también la necesidad de la existencia de una pluralidad de organizaciones independientes que se controlen mutuamente y al mismo proceso democrático. Queda por ver el peso real de organizaciones diferentes (cfr. Robert A. Dahl, *Dilemmas of pluralist democracy*, Yale University, 1992). Pese a la apariencia de lo individual del voto éste se inscribe en una acción de carácter colectivo que repercute en opciones acerca del aprovechamiento o desperdicio del voto, de cara a las opciones que se presentan ante cada elector. Esta orientación colectiva es lo que refuerza los aspectos de competencia electoral (J. Elster, *El cemento de la sociedad*, Gedisa, Barcelona, 1991, pág. 31) sobre todo cuando colectivamente se debe refrendar el sentido del voto para defenderlo.

² El proceso electoral de León, Guanajuato, en 1946, es uno de tantos ejemplos.

³ El caso chihuahuense en los años cincuenta, los de San Luis, Baja California y Yucatán en los sesenta y Nayarit en los setenta.

para irrumpir electoralmente, elevando las contiendas electorales locales a una dimensión auténticamente nacional.

Paradójicamente, estos procesos han posibilitado el margen de maniobra del centralismo y la concentración del poder en el Ejecutivo Federal al legitimar, ante la opinión pública, el mando discrecional del Presidente por sus intervenciones supuestamente encaminadas a "corregir fallas" de los sistemas electorales locales, lo cual ha repercutido en detrimento del federalismo y de la vigencia del orden jurídico. Así, la transición política no apunta necesariamente hacia la democratización, sino que coloca al Ejecutivo Federal en el vértice definitorio, el cual opta selectiva y arbitrariamente por estrategias diferenciadas según el peso regional de los opositores y las preferencias presidenciales. Si 1988 puso de manifiesto las enormes fisuras del viejo corporativismo, 1991 demostró que el neocorporativismo, particularmente el que se expresa a través del Programa Nacional de Solidaridad, funcionó para un proceso federal electoral que ante la opinión pública reforzó la figura presidencial. No obstante, este mecanismo no ha tenido los mismos efectos en comicios locales. Hay procesos en los que el electorado se ha expresado con una mayor identidad ciudadana.

El primer apartado de esta publicación destaca dos casos de entidades norteafricanas en donde la alta competitividad ha conseguido la alternancia. Baja California fue el primer estado en donde fue reconocido el triunfo de la oposición panista en 1989. Esto implicó un cambio en el sistema político regional e introdujo nuevos actores en la administración pública. El PRI, sin el apoyo de las instituciones gubernamentales locales, tuvo que aprender a comportarse como oposición. A su vez, el PAN regional se ha ido enfrentando al desgaste de ser gobierno. Existe una situación: la combinación de una política federal comandada por el salinismo y la política local bajo el control de un nuevo panismo que resiente también las contradicciones de los viejos cuadros albicelestes. Las primeras promesas presidenciales tampoco se traducen completamente en hechos y el gobernador panista ha resentido los efectos de no pertenecer a un grupo que lo mimaba en demostraciones públicas pero le entorpece una eficaz gestión en el gobierno cotidiano. Se propicia una readecuación de cultura política. Con las elecciones locales de Baja California en 1992 es posible hacer una evaluación de la transición democrática que vive esa entidad, en la que se ha roto el molde que el partido de Estado había im-

puesto a los estados federados. Otro caso paradigmático es el chihuahuense, el cual es examinado desde tres miradas complementarias. La usurpación de 1986 se convierte en restitución en 1992.

Un segundo apartado se dedica a examinar el comportamiento electoral que se produjo inmediatamente después de descalabros del PRI en dos estados del centro del país. Una muy elevada competitividad electoral y una posterior lucha cívica puso en cuestión el resultado de elecciones por la gubernatura. Los dos candidatos priistas fueron ungidos como ganadores, pero el repudio de los opositores orilló al régimen a buscar salidas políticas al margen del voto. Las conflictivas elecciones gubernamentales de Guanajuato dieron pie para que este estado quedara en manos de un gobernador interino, panista, identificado plenamente con el salinismo. Los empresarios locales han logrado a través de recursos y proyección de imagen un arrastre cívico importante que se expresa a través del PAN. Como en otros sitios, el peso de las figuras es mayor que el de los partidos. En San Luis Potosí un navismo maduro logró expandirse más allá de la capital del estado. El navismo logró una confluencia partidaria en la que la figura de Nava se colocó por encima de los partidos. Se combinaron un movimiento social con uno político. El frente pluripartidista se desmembró por la presión de la burocracia panista desde el centro del país. La lucha navista en contra del fraude fue decidida e innovadora. El papel de las mujeres resultó clave en la resistencia civil. El gradualismo panista no resistió un radicalismo cívico que presionaba por puntos centrales para garantizar el tránsito hacia la democracia y no concesiones secundarias. Se exigió una legislación confiable. El navismo, con la lucha por la democracia en el marco de las elecciones locales de 1991, traspasó los límites regionales y se colocó a nivel nacional. Así se dio pie para que un movimiento nacional ciudadano empezara a impulsarse desde San Luis Potosí. Si bien el panismo demostró en las elecciones municipales que aun sin el navismo disponía de fuerza considerable, pues pudo triunfar en varios municipios, entre ellos en la capital del estado, el navismo también pasó una prueba de fuego al impedir la candidatura del gobernador interino, no obstante que acababa de perder a su figura máxima, el doctor Nava.

En los casos de Guanajuato y de San Luis encabezaron la oposición personalidades con arrastre. Partieron de su influencia en las mayores ciudades de sus estados hacia el res-